

1. Fue tan sólo dos años atrás

—Acaso esta historia sería inteligible —me quejé hoy, ante María y Juan, José de Arimatea, Simeón el Leproso y las hermanastras del difunto Lázaro, durante mi segunda noche en Betania en el transcurso de toda mi vida— si sólo postuláramos que Jesús fue un profeta. ¿Cuándo hubo alguno que gozara del buen trato de Israel y del constante amparo de los Cielos? Me duele pensar que es posible que ayer hayamos crucificado tan luego al Mesías. Pero todavía no puedo aceptar que ese hombre, a quien vi morir y cuyo cadáver fue perfumado con los aromas que yo mismo le compré, sea Dios hecho carne.

María y Juan callaron; y yo no proseguí. Al fin, María sonrió y no olvidaré esa serena lumbre que refulgió en una mirada que durante toda la noche había pendulado entre la congoja y la esperanza. Casi no oí que me preguntaba:

—¿Qué otra causa te trajo, entonces, a esta casa, si no fue darte por convencido de lo que ya estás convencido?

No le confesé que me hubiera interesado encarar a Lázaro redivivo; pero no le mentí, también lo que dije era verdad:

—Hablar contigo, comentar lo que vimos y oímos ayer... Acompañarlos y acompañarme. Me siento, señora, tan desolado como tú. Y más que nada, desconcertado: tanto la esperanza como la decepción me parecen desajustadas a la realidad.

No me atreví a admitirle que también había deseado indagar, con la mayor discreción posible, quién era el padre de Jesús.

Según lo que ella y Juan me dijeron durante esta noche, bebí vino de la copa del propio Hijo de Dios hace muy poco más de dos años: un miércoles 10 de Nisán, la primera de las dos noches en que vine a Betania. No la Betania de Josué, más allá del Jordán, sino el arrabal que crece poco a poco, y casi escondido, en las afueras de Jerusalén, no tan lejos del basural de la Gehena, apenas se atraviesa el Monte de los Olivos.

Aquella primera noche en Betania llegué tarde porque, por prudencia, había retrasado mi partida y porque cualquier trayecto desde las cercanías de la Torre Antonia a la Puerta de la Aguja estaba atiborrado de peregrinos. Nunca he sido amigo de la muchedumbre; pero durante ese atardecer la atravesé con gratitud: mejor que el crepúsculo o la posterior penumbra, me permitió pasar desapercibido. No fui por el camino menos corto: soslayé las casas de los conocidos y me detuve más de una vez, como si necesitara descansar, para asegurarme de que nadie me seguía o se aproximaba. Dos años atrás, ningún esfuerzo me despertaba todavía dolor en el pecho.

Cuando llegué a la casa que mi sobrino Miqueas me había indicado, una mujer me estaba aguardando en la puerta. Apenas traspasado el umbral, tomó mi manto y lavó mis pies y mis manos. Aunque no derramó aceite sobre mi frente, me perfumó el cuello con una fragancia de sándalo. Recién después me condujo a la cocina donde me aguardaba Jesús. Me recibió como si me conociera y fuera yo un hombre que mereciera su amistad. Al alzar sus manos hasta mis hombros y acercar sus mejillas, reconocí el mismo penetrante aroma que recién estrenaba mi cuerpo. Me dio el beso de la paz y aferró con firmeza mi codo mientras me presentaba a sus acompañantes y me conducía a la mesa. Parecía haberse apoderado no sólo de mí, sino también de la casa que pertenecía a su primo Lázaro, un hombre de cuarenta años, de rostro abotagado y vientre prominente, que me besó con ostensible y silenciosa hosquedad. Más afectuoso fue el saludo de los otros dos hombres que me aguardaban: Santiago, el Zebedeo, y Juan, su hermano y el amigo de Miqueas. Descontando que yo ya los conocía, Jesús se limitó a presentármelos, con una ironía que no me parecía destinada y que sin duda aludía a la conversación que vendrían sosteniendo antes de mi arribo, como los «Hijos del Frigor». Luego me presentó a Marta y María, hijas del segundo matrimonio de Abiel, el padre de Lázaro. Me explicó que Analía, la primera esposa de Abiel, fue prima hermana de su propia madre, «que también se llama María».

—Así que de los tres dueños de casa, sólo Lázaro es mi primo por la sangre; pero Marta y María son como si también lo fueran.

Me recordaba, en cada instante, a pesar de que no era rengo, a mi hermano Ananías. Ambos tenían facciones recias, cuello ancho, hombros rotundos, y un excesivo vello que, extendiéndoseles hasta la primera falange de sus dedos, terminaba por suscitar en quien re-

cién los conocía la falsa impresión de que trataba con provincianos ingenuos. Tal apariencia distaba de avergonzarlos, porque remarcaban con indisimulado orgullo su acento galileo. Tal vez mi hermano recortara con menor frecuencia su barba y su cabellera, que eran negras como el carbón. El hijo de José, en cambio, había liberado del bonete azafrán que le había visto esa mañana una desordenada pero corta melena tan negra como la de mi hermano, que no le llegaba a los hombros. Su barba se bifurcaba, a la mitad del mentón, en dos mechones que terminaban en punta. Bajo las cejas, profundas y casi unidas, sus ojos oscurísimos disimulaban, en una primera instancia, los fulgores que encerraban. Una constante exposición al sol había acentuado el tono trigueño de su piel.

Su ropa no ostentaba ni riqueza ni miseria; vestía con el decoro de los artesanos de su región, sin una hebra de metal precioso, pero usando telas de trama doméstica, en las que alguna mujer se había esmerado en aplicar los diseños aprendidos de sus mayores. Su túnica no tenía costuras y, como es frecuente en Galilea, estaba hecha de lino carmesí. El manto, con sobremangas, era castaño con finas rayas blancas y rebasaba las rodillas, pero terminaba —tal cual está prescrito— una cuarta antes que la túnica. Calzaba zapatos de cuero de camello y suela de palma. Todas las prendas lucían nuevas; preparadas, sin duda, para esa peregrinación a Jerusalén. Pero, tal como me había ocurrido a mí mismo en mis primeros viajes, ese acicalamiento denunciaba, de los pies a la cabeza, un pulcro pero rústico gusto provinciano.

El fulgor de su mirada y el trato que dispensaba a sus interlocutores eran, en definitiva, lo que más lo asemejaba a Ananías. Pese a su apariencia exultante, los dos leones siempre partían de una continencia pudorosa, para nada confundible con la timidez, que no tardaban en abandonar porque los asistía el dudoso don de pulverizar la distancia que los separaba de sus prójimos. Demasiado había sufrido yo hasta mis dieciocho esas muestras de incondicionada disponibilidad, pero que, dando por supuesto que no podían ser sino correspondidas, invadían los más íntimos recovecos de los corazones ajenos y no demoraban en hallar, tomar y exhibir lo que buscaban. Acercarse a ellos equivalía a exponerse incautamente al torbellino.

En la cocina no había más que una sola y estrecha mesa, sin sillas ni reclinatorios. Inmensas galletas nos servirían de platos y no había más que una única copa. A juzgar por el número de galletas y cuchillos, los comensales seríamos siete. Tanto como los brazos del

tosco candelabro de hierro que, en ese momento, encendía afanosa una muchacha muy parecida a la que me había recibido.

Me cuidé de no mirar la comida que nos aguardaba, pero su aroma —carne asada con hierbas— me resultó apetitoso. La acción de gracias, que Lázaro delegó en Jesús, fue informal hasta rozar la irreverencia, pero la purificó la sinceridad del sentimiento. Apenas tumbados en unos almohadones en el piso, de cara a la larga mesa de patas muy cortas, Jesús se acodó en sus propias rodillas y tomó con sus manos el pan más grande que había en la panera. No levantó los ojos al Cielo sino que fue mirando cada uno de nuestros rostros como si fuera el propio Altísimo rodeado por sus ángeles; y una vez más reivindicó para los hombres una relación de filiación con la divinidad. Demoró más en el pausado gesto que en las palabras que incluyó en su oración:

—Te agradecemos, Padre, la cena que Marta y María han podido prepararnos y que Lázaro nos ofrece. Haz que la disfrutemos con la paz de los hermanos y que todo lo que comamos, bebamos y hablemos nos resulte de provecho para la plenitud de nuestros espíritus. Ven y quédate con nosotros y trae contigo a tu Espíritu.

Me sentí bien recibido; pero Jesús, apenas terminó su oración, sin abandonar su aire beatífico, me acometió con inocultable sorna:

—Me sorprende, querido rabí, que estando nuestras casas de Cafarnaún apenas a cincuenta pasos, recién ahora hayas atravesado más de la mitad de Jerusalén, los hedores de la Gehena y todo el Monte de los Olivos para hablar conmigo. Si me hubieras visitado o invitado alguna vez en nuestro pueblo, ésta no sería la que te parece nuestra primera plática y, ciertamente, habríamos dispuesto de más tiempo.

La alusión a un encuentro anterior me sorprendió, pero no pude indagar en ello porque el dueño de casa, que ocupaba la otra cabecera —la situada a mi derecha—, fue más agresivo:

—Tanto te has retrasado que se diría que has aguardado a que cayera la noche para que nadie te viera.

Oído que fue, Jesús se sonrió y, como si nos disculpara a los dos a la vez, me explicó:

—Nuestro anfitrión está acostumbrado a cenar cuando cae el sol y a comer los riñones y las colas de carnero cuando aún no han dejado de gotear sobre las brasas.

Y señalándole el vientre, acotó:

—La grasa gusta de la grasa; la sangre espesa necesita sangre nueva.

No quise mentir:

—Te podría contestar que no había caído el sol cuando salí de casa, y sería verdad, pero debo también admitir que no me agrada causar escándalo.

A pesar de que todos los comensales la juzgaban innecesaria, mi confesión fue recibida casi con beneplácito. Juan, que estaba sentado, hasta entonces con ostensible ensimismamiento, a la derecha de Jesús y frente a mí, me miró con inesperada complacencia. No me di cuenta de que su actitud no estaba destinada a mi persona, sino a la oportunidad que yo le dispensaba, hasta que dijo:

—Entonces —replicó, como si me tendiera una red para que yo la recogiera—, hoy no era el día más propicio para que un doctor visitara al maestro.

Hirió, sin querer, mi amor propio. Pensé: «Maestro será para ti»; aunque me guarecí en la humildad y modestia que redoblo cuando piso Jerusalén y que, de antemano, había resuelto mantener esa noche ante quienes no eran más que mis paisanos.

—No, por cierto —admití—. Pero la cita ya estaba concertada y hace mucho que la esperaba.

Se hizo un silencio y agregué, mirando a Lázaro:

—Si los hombres castigan a los falsos profetas, está escrito que el mismísimo Cielo pedirá cuentas al que desoiga una verdadera profecía.

Jesús me escrutó con renovada suspicacia y acarició el pan, aún intacto, que tenía junto a su galleta, todavía vacía. Sentí que apenas desnudó mi espíritu y lo conformó mi desasosiego, se replegó hacia sí mismo, resolvió postergar un diálogo frontal y nos anunció:

—Sí. El domingo, apenas se cumpla la ofrenda de las espigas, me iré de Jerusalén. Y cuando vuelva, quizá ya no habrá oportunidad para cenar juntos.

Ahora, que sé lo que luego ocurrió, me sería fácil ceder a la tentación de afirmar que sus palabras estuvieron revestidas de la certeza de un vaticinio. Pero no diría la verdad. Sus dichos fueron enunciados apenas como mera conjetura y acompañados por una efímera ráfaga de angustia o de incertidumbre, de inmediato dominada. Era plenamente consciente de que esa mañana había transgredido definitivamente los límites y terminado de llamar la atención del Saneadrín. El desmán que había perpetrado no podía ser ignorado. No pue-

do, entonces, criticarlo por prever que todavía compartiríamos dos mesas más.

—Yo preferiría decir —acoté, procurando disimular el consejo— que esa oportunidad se diferirá, si eres prudente, por unos cuantos años.

Santiago asintió con la cabeza. Juan clavó sus ojos en su maestro. Jesús, casi sin mirarlos, los vio a los dos. Apretó los labios como si reprimiera lo que estuvo a punto de decirme y luego me preguntó:

—Realmente..., ¿demorarás tanto en volver a Jerusalén?

Como si fuera su reflejo en un espejo, acaricié mi pan:

—Mientras viva y camine, no habrá Pascua en la que no me veas en Jerusalén.

Me replicó, ya manso e incauto como un cordero:

—Casi diría lo mismo que tú; tan sólo no pienso venir para la próxima Pascua.

Santiago se apesadumbró; Juan miró a Jesús sin terminar de entenderlo y yo me callé. Como buen hijo de Jefonías, nunca admiré el coraje insensato.